

LA INTERNALIZACIÓN DE LA MORAL

Introducción al tema

Desde la antigüedad el ser humano ha estado interesado en la construcción de una moral que oriente su comportamiento. El tema ha sido abordado de diversas maneras, tanto por las religiones, como por filósofos y estudiosos. Desde el análisis de los fundamentos de la Ética, pasando por el estudio de las normas morales en el comportamiento individual y social, y llegando a los más recientes desarrollos de la Axiología y la Deontología, podemos encontrar una nutrida literatura y experiencia referida al tema, con diverso grado de profundidad y especialización.

Seguramente que sería de mucho interés analizar exhaustivamente tal diversidad, pero el propósito en este trabajo es analizar el proceso a través del cual una norma o un principio moral pueden llegar a internalizarse, para pasar a influir efectivamente sobre la conducta humana. Porque hasta los más sabios preceptos morales, pueden resultar letra muerta para quienes, desde su estado interno, o bien no los comprenden, o no los comparten, o no les interesan, o simplemente no pueden incorporarlos a su conducta cotidiana.

Para efectuar este análisis, partimos de la premisa de que la intencionalidad del ser humano le permite operar sobre su medio y sobre sí mismo, y que la percepción que se tiene del medio, sobre el cual se influye y desde el cual se es influido, es una percepción dinámica en la que intervienen estímulos externos y estructuras de memoria. La “realidad” es variable para cada persona, como variable es el filtro de su mundo interno; pero también ese mundo interno es variable y dinámico, y nuevas estructuraciones de memoria pueden hacer variar la visión de la realidad externa e interna, y esto a su vez puede hacer variar el mundo objetal. En ciertas condiciones es posible también el contacto con espacios más profundos, y ese contacto posteriormente puede operar sobre las estructuras de memoria, siendo también factor de cambio en la visión de la realidad. Y desde luego que la relación moral que cada persona tenga consigo y su medio, mucho tendrá que ver con esa estructuración interna que haga de la realidad.

De modo que si bien sabemos que son muy útiles las clasificaciones entre lo que es ética y lo que es moral; entre una ética formal y una ética material; entre una norma moral, y un sentimiento moral; entre una moral y una moralidad. Trataremos de estudiar el tema como una integridad que puede asumir diversos enfoques y niveles, pero que en definitiva es necesario comprenderla como una dinámica fenomenológica y evolutiva permanente. En ese sentido, los límites entre lo interno y lo externo, entre lo objetivo y lo subjetivo pueden irse haciendo menos nítidos, como transitando por la cinta de Moebius.

Diversas opiniones acerca de la moral

Esta somera pincelada sobre la cuestión no pretende ser exhaustiva ni rigurosa; solamente busca ir ubicándonos en el tema, con el fin de dar contexto a la cuestión central de este trabajo.

En términos generales podemos decir que a lo largo de la historia, el tema de la moral se ha abordado en torno a diversos parámetros sobre lo que es el “bien” y lo que es el “mal”; y también en torno a diversos tipos de “jueces” para la conducta humana. Porque lo que está bien o lo que está mal, podría serlo ante los “ojos de Dios”, o ante la justicia humana, o ante el entorno social, o ante la “propia conciencia”; o ante todas esas opciones combinadas de diverso modo.

Las religiones en general, han transmitido sus normas morales a veces como “mandatos divinos”, y otras veces como recomendaciones de vida. En ocasiones, sobre la base de principios básicos, han desarrollado toda una serie de preceptos para el plano de lo cotidiano, muchos de ellos solamente comprensibles en su contexto histórico social, y no desde la mirada moderna. En las religiones occidentales, tenemos una gran variedad de preceptos morales y de estilo de vida en general. Los conocidos 10 mandamientos transmitidos a Moisés, luego llegaron a ser 613 mandamientos del Pentateuco del judaísmo. También el Corán es bastante exhaustivo en sus preceptos morales. Y en el cristianismo el “Sermón de la Montaña” da una serie de principios a seguir por los creyentes, con posteriores variantes e interpretaciones. En oriente, el Mahabharata de los hindúes da pautas morales para la vida cotidiana, y en los sermones del Buda encontramos las recomendaciones para transitar por el sendero de la “rectitud”.

En muchos casos las normas morales de diversas religiones, han sido también incorporadas a la Ley de la justicia humana, de modo tal que la violación de ciertos preceptos no acarrea solamente el castigo divino, sino también el peso de la justicia terrenal, más la condena social obviamente.

Algunos filósofos, por su parte, han abordado el tema de la moral no tanto desde la óptica de la normativa de conducta, sino más bien desde la búsqueda de fundamentos éticos en los cuales apoyarse para afirmar lo que está bien y lo que está mal. Aristóteles buscaba las virtudes en el equilibrio o en el término medio de ciertas emociones que movían comportamientos; y en la felicidad que la conducta virtuosa traía consigo, encontraba la razón de ser de esa moral. En la República de Platón, en los diálogos de Sócrates con Trasímaco y Adimanto, a través del razonamiento se fundamenta la función social y la conveniencia de la acción justa (“jamás es la injusticia más provechosa de la justicia”).

David Hume por su parte, en su “Tratado de la Naturaleza Humana”, afirma que las distinciones morales no pueden derivarse de la razón. La razón según Hume, puede hallar los hechos morales, pero no los produce, ya que las distinciones morales se derivan del sentimiento moral. El sentimiento moral a su vez dependería de la naturaleza del placer y del dolor, que combinados con la “simpatía” o identificación con los demás, hace que nos importen las reacciones y valoraciones de los otros, y así se iría modelando la conducta moral.

Kant en cambio, descarta la posibilidad de deducir una moral desde lo empírico, y la fundamenta en la razón a priori, a través de la cual se puede sintonizar con las leyes que rigen la naturaleza. Kant le asigna valor a la Voluntad como razón práctica, que se sobrepone a las inclinaciones subjetivas, y se somete al imperativo de una moral de validez universal. El filósofo contemporáneo Habermas rescata el universalismo moral de Kant, pero a su vez plantea la necesaria conexión con las teorías empíricas. Mientras que los partidarios del Constructivismo Moral, sin descartar la función referencial de los principios filosóficos, y sin proponerse caer en el relativismo moral, proponen contextualizar los preceptos y principios de sociedades que son dinámicas, buscando la construcción de una Axiología empírica.

Nietzsche por su parte, confronta y replantea con profundidad y osadía las arraigadas concepciones del bien y del mal. En su “Genealogía de la Moral” se ocupa de demoler la

moral judeo-cristiana, creyendo encontrar en ella un trasfondo de resentimiento, bajeza, mediocridad, impotencia y sumisión, disfrazados de aparentes virtudes, como la humildad, la compasión y la bondad. Nietzsche encuentra en esa moral, para él culposa y pusilánime, una suerte de enfermedad social que impide que el ser humano logre su plena magnificencia y desarrolle su verdadera potencialidad, a la vez que reivindica los verdaderos y elevados valores morales de una suerte de “nobleza” de seres vitales y superiores.

Por otra parte los existencialistas, niegan la preexistencia de un sentido moral alineado con una moral superior (Dios), sino que más bien consideran que el ser humano, en situación de vivir, va tratando de ubicar las respuestas más adecuadas, y su criterio moral es sobre todo relativo y situacional.

Seguramente que los ejemplos mencionados, son totalmente insuficientes si se quisiera completar un panorama muy somero y superficial sobre todo lo que se ha dicho acerca de la moral. Pero tal vez nos alcance como para extraer algunas ideas básicas que nos sirvan para el interés de este trabajo.

¿Quién define la moral?

En el caso de las religiones, se supone que la definición de lo que es moral o inmoral lo determina Dios. Pero este mandato solamente puede ser aceptado incondicionalmente por los creyentes; creyentes que jamás han visto a Dios, y mucho menos lo han escuchado enunciar tales mandatos, sino que sólo han escuchado y visto a sus representantes en la tierra (sacerdotes, monjes, etc.). Y estos representantes a su vez, se supone que debieran transmitir fielmente las enseñanzas de algún profeta, un iluminado, o un Mesías. Así es como la mayor parte de los creyentes visualiza el origen de las normas morales que se les enseñan desde niños, más allá de que podamos analizar cual ha sido la verdadera manera en que se han ido gestando tales normas.

Se podría pensar que, más allá de cual sea el origen una norma moral religiosa, debiera ser la propia coherencia de dicha norma, y la resonancia de la misma en el sentir de los fieles, lo que permitiría que estos la hagan propia. Pero la posibilidad de comprensión de la norma moral, en caso de darse, es posterior a su transmisión dogmática, y por tanto condicionada por la previa sumisión al imperativo divino. Es decir, la norma es un mandato de Dios, por lo tanto indiscutible, que se debe aceptar literalmente. Es como un alimento que todos deben introducir en su la boca, más allá de la capacidad de masticación y digestión de cada uno. Algunos sólo lo retienen en la boca, y se limitan a repetirlo como loros y otros lo tragan, pero no necesariamente lo digieren. Pero todos aparentan obedecer a Dios, porque la obediencia y el temor al castigo divino, son intrínsecos a la moral del dogma.

Otras veces son los pensadores y filósofos los que intentan definir el comportamiento moral. Claro que en este caso, en principio, no pretenden hacerlo a través de la imposición dogmática, sino a través del análisis racional de la conducta humana, ya sea en relación con uno mismo, con el entorno social, o en consonancia con determinadas leyes universales. Es en todo caso la mayor o menor solidez de los fundamentos, lo que debiera validar ante otros la definición de moral a la que haya arribado cada pensador. Sin embargo, no dejaría de ser una paradoja, la pretensión de llegar a una supuesta “objetividad” moral, desde la subjetividad del pensador. Podría ser, que como propone Kant, la razón nos vaya llevando a comprender leyes

universales de comportamiento, y la mayor profundidad del pensamiento nos acerque cada vez más al concepto de Dios, como “bien supremo” que surge de la razón a priori. Pero está claro que en esa racionalización, en la que cada uno busca la objetivación de sus intuiciones morales, se abre toda una gama de subjetividades, cada cual con iguales derechos a atribuirse la verdad objetiva. De allí al subjetivo deseo de tratar de imponer “la moral objetiva”, puede haber solo un paso. Y el problema del intento de imposición, no radica solamente en el autoritarismo, o en la descalificación, sino sobre todo en que mucha gente, en su rechazo generalizado a las imposiciones morales, termina rechazando también toda concepción de moral en sí misma. Es como si alguien nos quisiera obligar o influir para que ingiramos un alimento que tal vez realmente necesitamos; podría pasar que al rebelarnos contra la imposición, por carácter transitivo también nos rebelemos contra ese alimento, que ingerido por iniciativa propia nos hubiese resultado muy provechoso.

Otro punto de vista sería el de que la moral se va construyendo en la socialización, a partir de cierta naturaleza humana dotada de un sentido moral, que se va educando y regulando en función de la necesidad de equilibrio dinámico con su entorno social. En algunos casos habrá criterios morales más o menos uniformes, definidos por el consenso social más amplio, y que permite a cada uno funcionar armónicamente con el conjunto, bajo las mismas pautas de conducta. En otros casos habrá adecuaciones más subjetivas y situacionales, donde el comportamiento moral será definido por cada cual según “la voz de su conciencia”, o según reflejos pavlovianos frente al premio o castigo de su entorno inmediato. Esta alternativa empírica de la construcción moral, también contempla la referencia que algunas personas pueden tomar de otras a las que tienen de modelos, a través de lo cual se validan conductas, no por una ponderación de su valor intrínseco, sino por el poder referencial de quien, por algún motivo, se ha convertido en un ejemplo a seguir. Está claro que en este tipo de construcción moral, hay un amplio margen para los relativismos y las subjetividades, que dificultan la generación de paradigmas orientadores de la conducta.

¿Por qué cumplir con un precepto moral?

En primer lugar habría que aclarar a qué nos referimos cuando hablamos de cumplir con determinados preceptos morales. Si a las acciones externas que se supone debe realizar alguien que se conduce conforme a moral, o al íntimo convencimiento de que esa es la actitud correcta. Porque desde luego que a menudo nos podemos encontrar con que la acción externa no coincide con una real conducta moral interna. Y en ese caso las respuestas pueden ser variadas. Para Kant, por ejemplo, el mayor valor moral radica precisamente en la capacidad y fuerza de voluntad para accionar en contra de la propia inclinación o deseo, sacrificando el mismo para cumplir con una regla moral objetiva. Dicho de otro modo, si la buena acción resulta demasiado fácil, no tiene el valor del sacrificio moral, porque puede haberse realizado por conveniencia, o por deber, o por temor, pero no por comprensión de la moral. Y desde luego que el temor y el deber, en numerosas ocasiones son condicionantes para la conducta; ya sea el temor a la ley, el temor a Dios, o el temor a la condena social. El temor social muchas veces puede hacer confundir a la bondad con la “conducta no reprochable”, que según los códigos sociales que se hayan instalado, se podría convertir en la bondad pusilánime a la que se refiere Nietzsche.

Podríamos decir entonces que la acción moral puede surgir a partir de la convicción interna, o a partir de la presión externa. Desde luego que la convicción interna no tiene que coincidir con una inclinación o predisposición a dicha acción moral, ya que precisamente, como se dice en “Ética Existencial”, “no hay moral más que cuando hay problema que resolver”. Es decir que la acción moral surge como elección ante la disyuntiva entre opciones, y esa libertad no está en la naturaleza humana, sino en su intencionalidad.

Sin embargo, a veces no es tan sencillo distinguir si la decisión interna de actuar conforme a la moral, responde a una libre elección, o responde a una autocensura generada por la presión externa a seguir determinados comportamientos. Y también puede ocurrir que en la estructura de memoria “se instalen jueces”, ya se trate de dioses, referentes, o propias convicciones formalizadas y hechas dogma; y que esos “jueces internos” condicionen la elección de la conducta.

Es decir, que si una persona siente deseos de actuar de determinada manera, por inclinaciones compulsivas o naturales, pero, aunque no se efectúa un planteo moral interno en contrario, actúa de otra manera porque la moral social o religiosa se lo impone, queda claro que esa persona está siguiendo los preceptos morales por presión externa o por conveniencia. Pero si una persona elige un modo de actuar ajustado a determinada moral, por la presión de sus jueces internos, tampoco podemos hablar aquí de libertad ni de acto moral pleno.

Podría pensarse que, para que una sociedad funcione en armonía, bastaría con que la gente siga los preceptos morales, aunque sea por conveniencia, temor, o por autocensura, y sería problema de cada cual, ver como logra la coherencia entre ese comportamiento externo y su registro interno. Sin embargo, el fracaso evidente de la moral externa, no solamente por convertirse en factor de contradicción interna, sino también como factor de contradicción social creciente, debiera alertar a quienes piensen de ese modo.

La moral para sí y la moral para otros

Se podría suponer, que si todos los seres humanos actuaran por propia iniciativa de acuerdo a una moral objetiva y universal, no sería necesaria la presión social, y tampoco la justicia, ya que por lo general sus leyes comprenden situaciones en las que primero se viola la moral, y luego la gravedad de su consecuencia lo configura como delito. Pero, como no vivimos en ese mundo ideal, parecen necesarias la presión social y la justicia. Pero queda claro a todas luces, que ni la presión social, ni la justicia, en este momento histórico, logran contener la creciente pérdida de valores morales, y sus consecuentes acciones.

Posiblemente, la exigencia de un comportamiento moral desde la sociedad hacia cada uno de los individuos, se ha transformado en una exigencia formal y cosificadora, en la que el comportamiento moral pasa a validarse en cuanto signifique un beneficio para los demás y no para quien actúe moralmente. A esto hay que sumarle que numerosos preceptos morales, transmitidos culturalmente de generación en generación, por repetición mecánica de hábitos de otro momento histórico, hoy resultan totalmente anacrónicos e incomprensibles.

Toda esta externalización de la moral, acarrea problemas en el comportamiento interno de las personas. Porque la cosificación y la hipocresía social hacen que se deterioren las referencias en el medio de relación, y eso produce una relativización en el sistema de valores individuales, frente a una sociedad que ya “no merece respeto”. Y si a eso le agregamos el

creciente choque entre el dogmatismo moral de las religiones, con el racionalismo y el nihilismo, el relativismo moral aumenta.

Es evidente que la “moral para otros”, la moral externa, ha fracasado, no solamente por esa “muerte de Dios” ya anunciada por Nietzsche, sino también por el “suicidio” del racionalismo que cayó en la dogmatización de su propio razonamiento.

Sin embargo, la posibilidad de una moral “para sí”, y solo para sí, planteada a partir de la hipótesis de una absoluta soberanía existencial del individuo, que solo pudiera relacionarse moralmente, con su propia existencia y su propio destino; tampoco parece ser la respuesta adecuada a la crisis moral. La crueldad, la maldad y la indiferencia, son alternativas que podrían aparecer como opciones moralmente válidas, en tanto se anulara al otro, en un falso camino para autoafirmar la propia libertad. Tal autoafirmación negadora del mundo, no afirmaría al propio ser, sino a una ilusoria conformación cercana a la megalomanía.

Estamos hablando entonces de la necesidad de una moral que comprenda la estructura dinámica del ser realizado en el mundo. No una moral del ser realizado por el mundo, o sin el mundo.

Ahora bien, tanto la imagen que se tiene del mundo como la que se tiene de uno mismo, se dan dentro de cada uno, por la estructuración que se hace en memoria. Entonces la moral, como representación, se conforma siempre internamente, aunque tal representación pueda actualizarse permanentemente por vía sensorial en el contacto con el mundo, o por la reelaboración del recuerdo, o por vía de la imaginación, (las tres vías de la experiencia-Sicología II). Estamos diciendo que la Experiencia en sentido amplio, es la que puede permitir al ser internalizar una moral que comprenda el para-sí y el para-otros. Y cuando hablamos de experiencia no estamos hablando del empirismo positivista, sino de una estructura de experiencia interna y externa.

La internalización de la moral externa

Teniendo en cuenta lo dicho anteriormente, podemos analizar como ha llegado a internalizarse la moral externa. En el caso de algunas religiones, la transmisión cultural dogmática, de generación en generación, de la existencia de un Dios omnipotente, que todo lo ve y todo lo juzga, de acuerdo a su suprema moral, fue instalando en la memoria de los fieles una imagen referencial que estaba por encima de todo. Esa imagen muchas veces estaba cargada con el temor al castigo divino, y al sentimiento de culpa. La gente, en su mentación cotidiana, además de incluir a todos los interlocutores ilusorios propios de sus divagaciones diarias, incluía también en su escenario mental la presencia recurrente de un Juez que, como una suerte de “Gran Hermano”, lo observaba, lo monitoreaba, y hasta le hacía recomendaciones. Ha sido una fórmula bastante infantil, pero no por eso menos eficaz, de lograr que la gente internalizara una moral y actuara en consecuencia. Claro que ese Dios hecho copresencia, podía modelarse en mayor o menor medida, según la astucia del creyente para ganar su confianza en los diálogos internos, y así ser más o menos permisivo para ciertos “pecadillos”, según el caso. Por eso también era necesario además un entorno social formalmente exigente con el cumplimiento de las normas morales, para que cada uno se cuida de violarlas. Las miradas reprobadoras del entorno cotidiano, se incorporaban en la memoria con suficiente carga negativa, como para poder aflorar luego en forma de censura previa, ante cualquier futura inclinación al desliz. Y para qué hablar del terror que en algunas épocas

significó el castigo físico, institucional, social o familiar, ante determinadas violaciones a la moral y las buenas costumbres.

Tal vez con menos violencia física, pero no con menos violencia psicológica, se castiga hoy a aquellos que no respetan ciertos códigos morales de la sociedad, ya sea como residuos de preceptos religiosos, o como nuevos preceptos del “Sistema de sociedad moderna”. Sin embargo, la decadencia en el poder referencial de algunas religiones, más la movilidad y multiplicidad de información en la sociedad actual, ha diversificado enormemente tales códigos morales, incorporando inclusive la anti-moral como un nuevo código moral en algunos espacios sociales. Las personas, sobre todo en las grandes ciudades, ya no están atrapadas en un medio inmediato permanente al cual rendir cuenta de sus acciones, (tal vez por eso los pueblos pequeños son más conservadores, porque el temor a la sanción social ejerce mayor presión). Muchas personas ya no creen en un dios infantil y omnipresente que los vigila permanentemente, y hasta pueden desafiar, al menos en muchas sociedades, a todo lo que consideran viejos valores de la hipocresía; pero sin necesariamente plantearse incorporar otro tipo de valores en su reemplazo.

Sin embargo, aún en la falta de moral, sigue operando el mismo mecanismo de poner el centro de gravedad fuera de uno. La actitud irreverente de algunos, suele dispararse ante la búsqueda de llamar la atención, en los partidarios de esa suerte de nueva moral externa que dice que ser irreverente es valorado por otros (esos otros que están internalizados en la estructura de memoria como nuevos jueces). La actitud violenta, en ocasiones no es ni siquiera una reacción compulsiva, sino que responde a un sistema de valoraciones en el que está en juego la virilidad, o la demostración de osadía, ante el espectador externo sorprendido, o ante un “auditorio interno” valorado que apreciaría esa conducta. Y podríamos seguir con los ejemplos, pero siempre encontraremos un juez, o un admirador, o un público, real o imaginario que avale el particular sentido moral al que uno adhiere; y a la vez castigue lo que se consideren trasgresiones (desde el punto de vista particular de esa moral). Así se van conformando códigos de comportamiento por “tribus sociales”, como parte de la desintegración social. Claro que las tribus también tienen problemas internos, porque como ya explicara Sócrates en La República de Platón, quienes obran con injusticia, siembran odio y división, y no pueden mantenerse unidos.

Los apoyos externos de una moral interna

Todo parece indicar, que en una sociedad moderna cada vez más intercomunicada, diversificada y cambiante, es sumamente difícil encontrar paradigmas universales de comportamiento moral. Y no nos referimos solamente a un acuerdo mayoritario formal con determinados enunciados morales, sino sobre todo a la posibilidad de que tales valores, una vez enunciados, se internalicen y orienten la conducta humana. Desde luego que no faltarán los sectores ultra conservadores (retrógrados sería el término más adecuado), que pretenderán implantar el imperio de una moral universal, impuesta a fuerza de represión, censura, oscurantismo, manipulación de la educación y pérdida de la libertad. Pero la Humanidad no solamente rechazará esa falsa moral por sus métodos de imposición, sino también por su profunda contradicción e hipocresía. Basta observar como en esos sectores “moralistas” de diferente signo, es precisamente donde abundan los intolerantes, los discriminadores, los belicistas, los fundamentalistas, los abusadores de menores y dementes de todo tipo.

De todos modos, hay que tener en cuenta que la laxitud moral de esta época, podría llevar a la confusión a mucha gente que, necesitada de referencias fuertes y claras, buscara en el pasado las soluciones para el futuro.

Kant opinaba que el verdadero sentido ético, no podía condicionarse a la persecución de un objetivo, como la felicidad o la aprobación externa. Sin embargo, el concepto de felicidad y de aprobación externa, puede ser muy variable. Epicuro renegaba de los temores (el temor a la muerte, a Dios, al futuro); no podría concebirse en su pensamiento una moral basada en el temor, sino más bien en la felicidad y el placer. Pero también en ese caso podemos decir que el concepto de felicidad y de placer (entendido como bienestar y no como vicio), puede ser tan variable como lo es el ser humano.

¿Qué significa sentirse bien? Tal vez embriagarse y perder las inhibiciones. Tal vez dar rienda suelta a las compulsiones y a las pasiones, aunque se perjudique a otros. Otras veces encontrar refugio para el que se siente desamparado...y en otras ocasiones abandonar el refugio por el hastío de la rutina. Algunas veces sentirse bien es sentirse seguro, a resguardo de todo aquello a lo que le tememos...y otras veces es sentir la satisfacción de superar ese temor. A veces sentirse bien puede significar disfrutar individualmente de un beneficio...y otras veces puede ser la alegría de compartirlo con otros. Hay quienes dicen disfrutar la venganza, y hay quienes se regocijan con la reconciliación.

La Regla de Oro

El principio de “Tratar a los demás como uno quiere ser tratado”, es sin duda la más elevada norma moral que puede proponerse el ser humano, y no en vano es la regla de oro propuesta en numerosas religiones. Su propia enunciación no debiera dar lugar a dudas, aunque nunca faltan los amigos de las sofisticaciones intelectuales que puedan cuestionar el enunciado, argumentando que daría lugar a que cada cual proyecte sobre otros su propia subjetividad de lo que es tratarse bien. Tal relativismo intelectual no es más que la consecuencia de una interpretación meramente formal del principio, como también puede ser formal muchas veces su intento de aplicación.

Podríamos decir que este principio, contiene a la vez la moral del para-si y la moral del para-otro, incluyéndolas en un mismo acto en el que uno se humaniza humanizando a otros.

Porque cuando alguien se somete, ya sea por temor, o por autocensura, a la moral externa, y así su acción externa termina siendo aparentemente buena para otros, tal externalidad del acto oprime al actor, quien se cosifica y se anula como ser, al volverse reflejo de lo externo. Y simultáneamente cosifica y deshumaniza a los demás, al relacionarse con ellos como meros cancerberos de su prisión de moral externa.

A su vez, quien en nombre de su propia “libertad”, maltrata a otros por autoafirmarse en sus propias compulsiones individuales, o es indiferente ante el maltrato de otros, compenetrado en su egoísta individualismo. Entonces, está cosificando a otros, y los está deshumanizando, como si fueran meras prótesis de su voluntad, y a la vez se está deshumanizando a sí mismo, al autoafirmarse en su naturaleza darwiniana, y no su intencionalidad humana.

Queda claro entonces que la aplicación de este principio, requiere de un constante interactuar entre el contacto con lo humano en uno, y lo humano del otro. Necesariamente

debo atender mi interior y debo atender al otro. Esa atención permite una reactualización permanente en la estructura de la memoria, de la imagen de mí mismo y de la imagen del otro; imágenes que desde luego no son neutras, sino que tienen cargas emocionales.

Es claro que aquello de “ponerse en el lugar del otro”, no es posible de manera literal, ya que no puedo registrar lo que el otro está registrando; pero sí puedo captarlo a través de indicadores, a veces notorios, a veces sutiles, en tanto y en cuanto esté atento al otro, y no enfrascado en mis compulsiones, para lo cual a la vez debo estar atento a mi interior. De ese modo, me represento que estoy en el lugar del otro, y entonces puedo conectar con una sensibilidad que si bien es propia (por eso la puedo sentir), la reconozco también en el otro, y esa coincidencia me pone en sintonía con lo humano de ambos. Esa sintonía con lo humano de ambos, es lo que me permite encontrar, para cada particular situación, el modo de actuar de acuerdo al principio. Es esa sintonía la que me permite tratar al otro como quiero ser tratado, y no un manual de instrucciones. Y esa sintonía me humaniza a mí, humanizando al otro, porque todo ocurre dentro mío, aunque desde luego tenga consecuencias afuera, mediante acciones o gestos.

Se podría argumentar, que si ese registro que tengo de la humanidad del otro, pasa a ser parte de mis representaciones, y es una reelaboración interna en memoria, con los nuevos datos sensoriales que la actualizan, no deja de ser una visión ilusoria de la realidad. Tan ilusoria como otras, en todo caso, desde una concepción solipsista. Pero la clave está en que, esa intencionalidad que debo poner para observar mi interior, porque busco registros de coherencia y unidad, me permite irme ubicando en otros espacios internos, desde los cuales mi observación del otro también se torna más sutil y sensible. Y esa búsqueda de coherencia interna, solo es compatible con la visión humanizadora sobre el otro, y el correspondiente trato. Es decir, que se va levantando el nivel en el modo de relacionarme con el mundo, y me voy acercando a una experiencia más estructural de lo que es el interior y lo que es el exterior. Una concepción más fenomenológica, si se quiere.

Seguramente que el ejercicio de “ponerse en el lugar del otro”, eso de intentar sentir lo que siente, si se intentara no desde la doble atención (interna y externa), sino desde un ensimismamiento en las propias representaciones internas, podría terminar en conductas bastante desatinadas. Como el caso de esos obsesivos que creen ver en otros significados que proyectan desde su interior. Por eso es importante que el verdadero motor en todo esto sea la búsqueda de esa coherencia interna, de esa unidad, que se construye en la dinámica de relación con el mundo.

El tema es, cómo se puede poner en marcha esa intención, a través de una propuesta moral. Porque posiblemente alguien que busque su unidad interna, de hacerlo con dedicación, llegaría a sintonizar con la Regla de Oro, aunque nunca la hubiese escuchado. Y a su vez pasa, que muchos de quienes la han escuchado, aunque la consideren apropiada, no la internalizan como para sentir la necesidad interna de aplicarla, como acto de unidad.

De la externalidad a la internalidad y viceversa

Antes hablamos de los preceptos de algunas religiones, que se referían en muchos casos a la conducta correcta para situaciones domésticas específicas. Muchos de ellos solamente comprensibles en su contexto histórico, ya que muchas recomendaciones hoy parecerían hasta inmorales, desde nuestra cultura actual.

“Lo que se debe hacer”, o “lo que conviene hacer”, más allá de su carácter de mandato imperativo o de amable recomendación, al referirse a cuestiones muy concretas, tiene la virtud de poner a la persona en situación. Es decir, no se propone solamente una moral en general, sino que se está poniendo un ejemplo muy concreto, experimentable a diario en muchos casos. Y si bien esas normas o recomendaciones específicas, siempre pueden tomarse desde la formalidad y la externalidad, de todos modos serán un nexo con la experiencia interna, al ponerla más al alcance de la mano, más en lo cotidiano.

Cuando a una persona le dicen “hay que ser gentil y ceder el asiento a los discapacitados”, lo puede tomar como un mandato externo, propio de un código social epocal, cuyo cumplimiento se realiza por presión social, o por un juez interno. O sea, por moral externa. Sin embargo esta persona, puesta frente a la situación concreta, podría ser que comience a tomar registro de su resistencia a cumplir con ese mandato externo, notando que es por una inercia de comodidad física, que lo lleva a negarse a percibir la necesidad del otro, y entonces caer en cuenta de que la otra persona requiere de ese gesto. De ese modo podría “hacer suyo” el código de conducta, e internalizarlo sin tenerlo como una molesta presión social.

El ejemplo es muy sencillo, pero sirve para ver cómo un código moral aplicado a situaciones concretas, aunque en principio sea interpretado formalmente, puede facilitar una entrada en situación, que permita internalizar el sentido real de dicho código.

Lo que estamos tratando de decir es que a veces, un principio moral general, si se lo traduce a diversas situaciones concretas de la vida cotidiana, se puede facilitar la puesta en situación para sintonizar con los registros que llevan a su internalización. Tal vez no se trate de un instructivo de conductas cotidianas, tal vez sean recomendaciones, o ejemplos, o la forma que sea más adecuada para sortear los anticuerpos a la imposición o al dogma. Tal vez sea suficiente con poner ciertos códigos al alcance de la mano, y que cada uno los use por necesidad situacional, resultando obvio que son para esas situaciones concretas, por las que todos pasan alguna vez.

La predisposición a la acción moral

A veces ocurre que ciertas personas, internalizan ciertos códigos morales, pero solamente para el entorno social que merece su aprecio, según su particular escala de valores. Es decir, pueden ser solidarios, leales, respetuosos y amables, pero sólo con aquellas personas que merecen su valoración. Algunos solamente con su “tribu social”, otros con personas de ciertas características, y otros según las circunstancias. Hay gente muy violenta y discriminadora que con los amigos de su barrio se comporta muy bien, por ejemplo. No estamos hablando de los hipócritas que cuidan las formas en ciertos ámbitos, y en otros descargan su resentimiento; ese es otro tipo de inmoralidad. Estamos hablando de quienes bloquean su sensibilidad tipificando en su memoria a ciertas personas con rótulos que los cosifican y deshumanizan, y por lo tanto no los hacen merecedores de una conducta moral de su parte. En cierto modo estamos hablando de una forma de discriminación que condiciona a priori la predisposición a un comportamiento moral, bloqueando la misma ante determinadas situaciones.

Es indudable que la aplicación de la “Regla de Oro”, no implica solamente una profundización en el registro de los humano del otro, sino además una extensión a todo el género humano, sin excepciones. Pero para que la internalización de este principio pueda

franquear la barrera de ciertos prejuicios y condicionamientos biográficos, de modo de superar la tendencia al acomodamiento en la moral subjetiva, debe existir una predisposición a “sintonizarse” con una moral que esté por encima de la propia tendencia. En ese sentido, no bastará entonces con la existencia de normas simples que orienten la conducta externa cotidiana, para que a través de ellas se vayan encontrando los registros que nos acerquen a la internalización de la “Regla de Oro”. Será necesario también incorporar en la copresencia cotidiana a un Principio Rector que actúe desde otro plano, que no pueda ser maleado por debilidades ni compulsiones, sino que sea una referencia a la cual aferrarse, para que desde allí se fortalezca la voluntad de actuar moralmente.

Este Principio Rector, que es la “Regla de Oro” localizada en un espacio immaculado, inexpugnable, y visiblemente referencial, desde el cual puede actuar por encima de las tendencias, debiera cimentarse en los fundamentos de las máximas aspiraciones humanas.

Los Fundamentos de una Moral Evolutiva

Excede a este trabajo, referido a la internalización de la moral, el desarrollo de los fundamentos de la moral propuesta. Seguramente que será tema de una próxima etapa en el tratamiento de estos temas. No obstante, podemos decir que los fundamentos de la moral debieran contener en sí mismos la paradoja de lo inamovible en movimiento. Porque si la esencia de la vida es el crecimiento y la evolución, no puede haber moral que pretenda limitar el crecimiento ni impedir el cambio, pero tampoco puede contradecir esa esencia, que como tal es permanente y por tanto inamovible.

La evolución del Universo, de la Naturaleza y de lo Humano, siempre ha implicado procesos cada vez más complejos de organización. El crecimiento es una construcción de equilibrios dinámicos entre componentes relacionados, y esa relación no puede ser de cualquier modo. Hay relaciones de destrucción e involutivas, y hay relaciones de construcción y evolutivas. Pero a su vez cada etapa es diferente, y lo que en una etapa contribuía a la evolución, en una etapa posterior debe ser superado por lo nuevo, para poder pasar a formas más complejas.

Las sociedades humanas no podrán pasar a etapas de una mayor complejidad evolutiva, si no se supera el ensimismamiento del individualismo, caracterizado entre otras cosas por el encierro en las propias sensaciones, y el bloqueo en la percepción de los demás. El agotamiento de esta etapa humana se registra individualmente como sin-sentido y sufrimiento, y en la sociedad con cada vez mayor violencia. Por tanto es una necesidad individual y social la superación de esta instancia, que solo puede lograrse a través de la humanización de las relaciones, mediante la aplicación de la “Regla de Oro”.

Pero es desde el Futuro que se debe convertir a esta “Regla de Oro” en “Principio Rector”, es desde la necesidad evolutiva de cada ser humano, es desde una aspiración que está en la esencia de su existencia, y que hoy está asfixiada. Es desde la rebeldía ante la mediocridad del presente sin rumbo, y no desde la obsecuencia a una moral formal del pasado.

Conclusiones

En realidad no podemos sacar muchas conclusiones, y menos aún definitivas, de estas ideas sueltas sobre la internalización de la moral. Solamente intentamos dar algunos desordenados rodeos sobre la cuestión, en una época donde la crisis de los valores morales está contribuyendo en buena parte, a la creciente violencia y deshumanización del mundo. Una época donde pareciera ser que todas las palabras están gastadas, donde nada funciona, y todo lo que se pueda decir para proponer soluciones cae en el saco roto del nihilismo y la desconfianza.

En esta época, cualquiera que intente proponer a otros una salida a esta crisis existencial y social, corre el riesgo de ser interpretado como un manipulador, o un farsante. Y peor aún, cuando genuinamente alguien quiere hacer semejante propuesta, irremediamente comienza a pronunciar las palabras gastadas, del modo gastado, y casi comienza a sentir que lo que hace es una formalidad.

Tal vez en esta época se requiera más de los buenos ejemplos, que de hacer buenas propuestas. Y en todo caso las buenas propuestas habría que dejarlas al alcance, como quien deja una mesa servida, pero sin exclamar “vengan a comer”. Y seguramente, cuando otros vayan sintiendo hambre, comenzarán a tomar lo que está en la mesa, y en ese caso, cuanto más sencillo de digerir, mejor.

RESUMEN

El propósito de este trabajo es analizar el proceso a través del cual una norma o un principio moral pueden llegar a internalizarse, para pasar a influir efectivamente sobre la conducta humana. Teniendo en cuenta que la dinámica interrelación del ser humano consigo mismo y con su medio, contribuyen a la estructuración de su visión de la realidad, y por tanto del sentido moral sobre el que se establecen las relaciones.

A lo largo de la historia las normas morales han surgido de diverso modo. En ocasiones como preceptos religiosos fundamentados en un mandato divino; otras veces en la fundamentación filosófica de una Ética Universal, y también como búsqueda empírica de equilibrio en las relaciones sociales. Y a la hora de disponerse a cumplir con determinados preceptos morales, el ser humano se ha encontrado a veces con el condicionamiento del temor al castigo divino, o a la sanción social, o al reproche de su propia conciencia. Y según la proporción de la mezcla se ha dado la diferente estructuración interna que cada cual ha hecho del sentido moral.

La disyuntiva entre la moral del “para-sí” o la moral del “para-otros”; la diferencia entre una moral interna y una moral externa, ha sido en muchas ocasiones motivo de contradicción en la conducta humana. No obstante, si bien la moral externa debiera apoyarse en un genuino sentido moral interno, en ocasiones puede verse la utilidad de recurrir a un apoyo externo para motivar un proceso interno.

La Regla de Oro, el tratar a los demás como se quiere ser tratado, contiene a la vez la moral del “para-sí” y la moral del “para-otros”, incluyéndolas en un mismo acto humanizador.

La posibilidad de internalización de este principio fundamental, puede basarse a veces en el apoyo de normas externas sencillas, aplicables a situaciones cotidianas, pero a su vez

requiere de una predisposición a la acción moral, que necesariamente debe encontrar sus fundamentos en las mejores aspiraciones que son comunes a todos los seres humanos.

La permanente necesidad evolutiva y de crecimiento, intrínseca al Universo y al Ser Humano, pone en situación a los individuos y a la sociedad, de encontrar nuevos equilibrios dinámicos que logren romper con el individualismo, superando las contradicciones personales y sociales, en torno a un nuevo sentido moral.

SINTESIS

La aparente disyuntiva entre una moral externa y una moral interna, se resuelve en la aplicación de la Regla de Oro. Pero el simple conocimiento teórico de éste y otros principios morales, no asegura su aplicación. Se requiere un proceso de internalización en el que el ser humano en relación con su medio, va estructurando su realidad interna y externa, sobre un Principio Rector copresente, que le permite ponderar en cada situación cotidiana, cual es la conducta acorde a moral. La existencia de preceptos sencillos de aplicación cotidiana, puede contribuir a la traducción de ese Principio Rector en la vida diaria, a la vez que representan una puesta en situación que contribuye al proceso internalizador.

Guillermo S. / 2009

Bibliografía

- Apuntes de Psicología; Silo.(Ulrica Ediciones,2006)
- Ética Existencial; Silo.(Biblioteca Digital CEPPDV)
- Tratado de la Naturaleza Humana; David Hume (Biblioteca Digital-Dip.Albacete)
- Genealogía de la Moral; Friedrich Nietzsche (Biblioteca Digital El Aleph)
- La República; Platón (Hispanoamérica Ediciones-1983)
- Moral a Eudemo; Aristóteles (Biblioteca Digital El Aleph)
- Fundamentación de la metafísica de las costumbres; Emmanuel Kant (Biblioteca Digital El Aleph)